

ALBATROS OXIDADOS

Para Alberto Paredes

PRIMERA, SEGUNDA Y TERCERA LLAMADA.

Entra la señora. Viste ropa de seda azul cielo que le cae hasta los tobillos. Cuello y muñecas se cierran con cordones de color negro que contrasta vívidamente con la palidez del ropaje. Peineta de Carey volviendo aún más firme una trenza de cabellos muy negros a grado tal de no poder adivinar la posibilidad de canas aisladas o en mechón. Se sienta en el extremo de una larga mesa de caoba; enfrente de ese elegante sitio están colocados cubiertos de plata reluciente, una taza que aguarda el chocolate caliente y una servilleta mitad babero mitad pañuelo de organdí que se ostenta immaculadamente caro. La señora aparenta no haber advertido mi presencia pese a que mi atuendo no permite síntoma de ceguera súbita. Con un chasquido de dedos ensortijados llama a un sirviente quien antes de que ella finalice sus órdenes hace aparecer (como si se tratara de un mago de feria pueblerina) un cartón de lotería, cuyas figuras exquisitamente dibujadas hasta casi volverlas indistinguibles, ocupan granos de maíz y un gallo cuidadosamente sujeto a una de sus muñecas. La señora sonríe pero súbitamente cambia el esbozo de sonrisa por una mueca entre cómica y trágica. El gallo, evidentemente hambriento, picotea al azar algunos granos. La señora no espera a que cante tres veces para ordenar al sirviente con otro chasquido que retire cartón y animal. Se escucha, en un probable pasillo, el triple cacareo. Se vuelve hacia mí, que espero un tanto cuanto impaciente. Me mira, trasasíndome. Deja oír una voz ronca. Se levanta, va hacia la ventana que está al fondo de la espaciosa habitación.

SEÑORA (sin verme, únicamente fijando los ojos en el paisaje que se supone se halla cambiante tras los cristales del enorme ventanal). - ¿Quiere que le diga lo que sigue o prefiere usted inventarlo en este preciso momento?

YO (evidentemente confundido, con voz casi inaudible). - Dígame usted ¿qué sigue?

El 8 de diciembre de 1990.

Año de la Purísima Concepción.

Señor:

Me permito distraer su muy valiosa atención con estas apresuradas líneas que no tienen otro afán que el de atreverme

Cuento del libro *Al aire libre*, que el autor prepara actualmente.

a advertirle que aquí en mi casa y a mis espaldas se halla un individuo de edad indeterminada que pretende robarle el puesto ejerciendo de sabelotodo que sólo a usted concierne por méritos muy bien ganados.

Para mí se trata de un pillo, o si prefiere catalogarlo de un advenedizo. Considero un deber molestar a usted con estas palabras inconexas que únicamente pretenden ponerle sobre aviso para las órdenes que usted juzgue pertinentes, una vez que esté debidamente enterado de la razón de ser de la presente.

Considéreme su muy leal servidor y aprovecho la oportunidad para reiterarle mi mayor consideración.

Muy atentamente.

La señora.

No, definitivamente no voy... El gallo me advirtió muy a tiempo, aunque aún faltan muchos años, lo que se me espera, o sea lo que me depara el futuro si acato fielmente sus órdenes. No y no, le repito, no voy a conocer esa ciudad extranjera, ni menos esa otra también situada a miles de kilómetros. Prefiero quedarme aquí, y lo hago con sumo placer máxime que conozco lo que me depara el destino fabricado por las artimañas de usted que no duda en obtener los favores económicos de una probable agencia de viajes. ¿Acaso no le pone la carne de gallina el poder adivinatorio del gallo que me avisa que es mejor permanecer en las riberas de este río que sufrir una golpiza y hasta un asesinato si paladeo las delicias indudables de las ofertas de una agencia de viajes? Sepa usted, de una buena vez, que no me voy a mover de aquí, que no me interesa cómo se llame y que mi nombre es mío pero es distinto del que seguramente me quiere imponer.

Mira otra vez pegando la cara al cristal, sonriendo seguramente mientras no despegas los ojos del río que parece correr lentamente muy cerca del ventanal que hubiera abierto si no temiera que una racha de viento fresco mas sumamente violento descompusiera el orden establecido para el peinado, la ropa de colores tenués sensibles al poder decolorante que el aire posee en ocasiones y la escenografía del interior de esa sala seguramente con facultades digestivas, a juzgar por la enorme mesa de caoba que parte en dos las dimensiones del recinto. Murmura algo y me aproximo sigilosamente para que no escuche que la escucho: No, no y no, mi niño querido. Te juro que permaneceré aquí todos los días hasta que Dios mande y ordene. En cuanto a ese impostor cabe decirte que no le tengas miedo, que se equivocó de sitio, hora y personas.

O sea de ti y de mí. No, no voy a permitirme seguir sus órdenes y desobedecer las predicciones del gallo que lo sabe todo. No, no deseo conocer esa ciudad cuyo río aseguran es muy hermoso pero no cobija flores como el de aquí ni mucho menos trasladarme algunos años después a esa otra ciudad de nombre impronunciable y a cuyo río helado voy a caer tras sufrir una dos tres cuatro puñaladas de un desconocido que seguramente querrá robarme o violarme o las dos cosas que son tan frecuentes en esos países tan alejados del poder del Sumo Creador. Los guías repiten que son verdaderos peligros a que se está expuesto si uno tiene el muy humano deseo de sentir el mandato de la curiosidad y conocer gente en las cercanías de la orilla de un río que con toda seguridad se huela en uno de esos inviernos que azotan a los países de por allá mientras el río de aquí es tibio si no está contagiado por el infierno del verano que todos los años gozamos más que padecemos. No, te juro que no voy a botarme desnuda en un parque ni voy a guardar unas gotitas de sudor en un frasco resistente a las clemencias y nunca destrozados acompañados del estruendo del paso de las llamadas cuatro estaciones que aquí nada más son dos: o calor o frío, nada de términos medios, aunque se le ocurra al cielo llover lo mismo cuando sube que cuando desciende la temperatura de la calle.

Se vuelve, se atreve a traspasarme con una mirada retadora que seguramente le ha concedido la vista del río casi al alcance de las manos. Ocupa su sitio en la mesa sin dejar de mirarme, triunfal.

—Ya puede venir el niño.

A su espalda, caminando torpemente por un probable pasillo, guiado por otro sirviente y sin abandonar un solo instante un pesado aparato similar al utilizado para herrar el ganado, avanza un personaje vestido con ropón blanco que le oculta el calzado. En los bucles que caen hasta los hombros se advierte una especie de pequeña corona plateada. No deja de reír mientras ocupa su lugar, ni tampoco de clavar su mirada insistentemente en los labios de la señora que ordena:

—Ya puede pasar el primero; luego que termine, claro, y que recibas la bendición del río. Además —le dijo, pero comprendí que se dirigía a mí— hoy no te he dispuesto mucho ganado para evitar que te fatigues innecesariamente y para que permanezca en todos el placer de esperar el día siguiente. A lo mejor, mi niño, hasta creen que es un privilegio el no pasar hoy y sí, en cambio, mañana o cualquier otro día de la semana.

Un sirviente que yo no conocía se aproxima a la mesa sujetando un brasero y conduciendo a un criado que se quita el sombrero de palma, extiende la extremidad superior derecha sobre la mesa. Espera, aparentemente tranquilo, a que el fierro colgante del botón del niño se contagie de un color rojo y me mira de una forma que sólo puedo interpretar como desafiante. El niño se persigna tres veces, aproxima el fierro enrojecido al brazo del mozo y lo aplica hasta que la habitación se impregna de humo y carne quemada. Me pongo casi a su lado: la marca precisa la fecha de hoy y unas iniciales que deben corresponder al nombre y apellido del niño, quien empieza a convulsionarse por una risa ahogada que estalla en rugido satisfecho, mientras el mozo desaparece por donde entró no sin antes ponerse el sombrero de paja.

—Muchas gracias— dice, mientras se retira sin dar la espalda

al niño que continúa manifestando su alegría a grado tal de palmeear ruidosamente sin olvidar el fierro que de nuevo busca el brasero.

—Ya puede pasar otro.

Y así y así. Cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez. La señora se levanta y con un gesto despidió al sirviente que se aleja murmurando "con permiso", sin hacer el menor ruido.

La señora se acerca al ventanal, lo abre completamente, mira al río, se persigna.

Le pregunta al niño si no está muy cansado. El niño responde negativamente moviendo la cabeza y emitiendo un gruñido en vez de imitar la anterior carcajada. La señora le explica con voz repentinamente dulce que ese río no será jamás pisoteado por patinadores de hielo que en tal ocasión tendrían que emplear gorras y bufandas para combatir un frío en forma de nieve. Agrega que ya es tiempo de desayunar y truenan los dedos llamando a una mujer portadora de chocolate humeante acompañado de galletas que, seguramente, se desmoronarían en el improbable caso de abandonar el calor próximo de la bebida. Se vuelve hacia mí con aire triunfante:

—¿Ya está convencido que se equivocó de sitio? Estimo que le anotaron una dirección equivocada. Aunque —se apresuró a aclarar— en esta ciudad no hay otro número más que el de esta casa y es imposible equivocarse si tuvieron la cortesía de añadir apellido y nombre míos. Ahora —ordenó con voz agría— puede marcharse tranquilo. Y sea usted tan amable de dejar la puerta abierta: no hay ladrones en muchos kilómetros a la redonda.

Cuando iba a abandonar la casa, alcancé a escuchar que la señora le indicaba a una sirvienta que me acompañara para estar segura de que yo desaparecía y dejaba la puerta completamente abierta. Atravesé el pasillo, bajé unos escalones que no recordaba haber ascendido, abrí un grueso portón, comprobé el número de la casa con el que había anotado en mi agenda, eché una rápida mirada al río sólo para confirmar que lo que la gente cree que son islotes no son sino manchas de aceite o conglomerados de lodo. La sirvienta me guió un ojo como si adivinara que le iba a preguntar, que ya le estoy preguntando de qué padre nació ese niño que parece un monstruo, porque la señora se ve guapa a sus quinceañeros años, ese niño vestido de esa manera (no recordé mi atuendo que podría tomarse como anuncio de las próximas fiestas de carnaval), que omite rugidos y se divierte por las mañanas marcando con unas iniciales a la servidumbre (acaso para que los vecinos no intenten robarla o desconocerla), indicando que desea dormir un rato después del esfuerzo realizado y de la abundancia del desayuno.

—Oiga —oigo que me dice la sirvienta— ¿no tiene calor con las fachas que trae puestas?— Y mientras extiende un brazo desnudo y regordete—: Sienta, estoy hirviendo, como el río, como el aire, como el chocolate del patroncito.

Conforme comienzo a correr a lo largo del playón que deja el río cuando sus aguas están lo suficientemente bajas (¿cuándo es suficiente?) escucho la voz de la señora que me persigue a gritos:

—Que la puerta de la calle quede bien abierta para que por ahí se vaya el olor de ese señor que dejó todo oliendo a mierda.